

Entre los papeles de Morillas aparecen cartas privadas que le fueron dirigidas, algunas en respuesta a peticiones de datos que él hacía para poder completar su trabajo. También hay entre esos papeles una colección facticia, ordenada por J. V. Garrido en La Vega, en 1850, contentiva de "actos legislativos del Congreso de la República Dominicana, Decretos y Alocuciones del Poder Ejecutivo, resoluciones del Gobierno y otros varios documentos oficiales publicados en el año de 1848", la mayoría en folletos y hojas sueltas. Fuera de los decretos y resoluciones oficiales hay, entre otros, una *Pastoral* del Vicario Portes exhortando a la obediencia a las autoridades, con ocho páginas; un *Discurso* del mismo Vicario, ya arzobispo electo, el 27 de Febrero, también con ocho páginas; otro *Discurso* de Portes, en acción de gracias por el aniversario de la batalla de Azua, igualmente con ocho páginas; una *Proclama* de Santana el 27 de Febrero, en una hoja y la *Dimisión* del propio Santana el 4 de agosto (una hoja en 4o.); una exposición de muchos ciudadanos al Congreso, contra la dictadura, el 10 de agosto (ocho páginas), con el título *A los amantes de la libertad*; una Proclama de Duvergé *A los haitianos*, en francés y español, como protesta contra el anuncio de una nueva invasión

(una hoja doble), y otros más. En otra caja se encuentra el tomo IX de los *Estudios sobre la historia de Haití*, de Ardouin, a quien Morillas rebate razonadamente en más de una ocasión. Hago mención de estos impresos que conservaba Morillas, para que se aprecie mejor el interés que puso siempre en el estudio de nuestra historia.

Morillas es un buen recopilador de datos, muy apreciable cuando narra impresiones y recuerdos personales; pero su estilo es descuidado, abunda en digresiones y generalizaciones inútiles y a veces fatigosas; para realzar la figura de sus biografiados prodiga adjetivos sin acertar con ello a dibujar un carácter, mejor definido a nuestros ojos por dos o tres hechos concretos que suele narrar de modo oportuno e interesante. Es innegable, de todas suertes, el mérito esfuerzo de Morillas, que ya en edad avanzada, inspirado en el amor a su tierra natal, acertó a reunir tantos y tan valiosos datos biográficos de las figuras sobresalientes de su historia y su cultura.

Max Henríquez Ureña.

Río de Janeiro,
Diciembre 10. de 1944.

BIOGRAFIA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR DON PEDRO VALERA Y GIMENEZ, ARZOBISPO METROPOLITANO DE SANTO DOMINGO, PRIMADA DE LAS INDIAS.

Por el Dr. José María MORILLAS

Por más que se encomien los adelantos y la civilización del Siglo XIX; por más que se pondere su progreso en las artes y en las ciencias, así morales y políticas como naturales, y por mucho que se decanten los portentosos descubrimientos, tales como la fuerza motora del vapor, la influencia admirable de la electricidad en la rapidez de las comunicaciones y los artefactos o máquinas con poder, al parecer sobrenatural, construidas por el hombre para destruir al hombre en ese azote y baldón de la humanidad que llamamos guerra; por cima de tan inmensos bienes reportados de esos hercúleos esfuerzos de la inteligencia con tenaz perseverancia, descuella una verdad triste y dolorosa, pero patente e innegable. Esta verdad es que, en la era presente, sobre materias de re-

ligión y moral tenemos mucho que lamentar. Y no hay que fatigarse en indagar la causa o raíz de tan graves males, sobre todo del indiferentismo religioso que tanto deploraba el abate Lamennais, germen fecundo del libertinaje y de la corrupción, y funesto resultado del desenfreno de las pasiones: el origen de estos desmanes que corroen nuestra sociedad lo encontraremos en las primeras impresiones que recibe la juventud, así como su mejor antídoto y más eficaz preservativo en la educación, no limitada a una enseñanza rutinaria, superficial y de mera fórmula, sino en la sólida y profunda, cifrada en la aplicación práctica de las máximas religiosas y vivificada con el buen ejemplo de los padres y la moralidad de todas las clases. De esta índole es la que se daba en



nuestras Antillas en el último siglo y particularmente en la parte española de la Isla de Santo Domingo. A circunstancias tan felices, como lo hemos indicado ya en otro lugar, debe atribuirse que en aquel país, a pesar de su corta población y escasos elementos para el desarrollo intelectual, hubiesen brillado en aquella época tantos varones recomendables por su saber, por su acrisolada honradez y por sus eminentes virtudes. Uno de los astros de esa constelación radiante que alumbró el firmamento dominicano fué el venerable y virtuoso Prelado cuya vida ejemplar es objeto de la presente reseña.

Nació el señor doctor don Pedro Valera y Jiménez en el año de 1757, en la ciudad de Santo Domingo, capital de la parte española de aquella Isla, de una de las siete familias emigradas de Las Canarias que merecieron la distinción de haber sido escogidas por el monarca reinante para obtener sus individuos oficios de República (1), corriendo por sus venas la sangre ilustre del piadoso e insigne Juan Betancour. Nutrido por los que le dieron en el ser en el santo temor de Dios desde los primeros años, después de la muerte de su padre, oficial de artillería dedicado a la pirotécnica y víctima de sus artefactos fué confiada su enseñanza a los Padres de la Compañía de Jesús. La simiente de su saludable doctrina, derramada en terreno tan fecundo, no pudo menos que producir copiosos y sazonados frutos.

Según la unánime aseveración de sus contemporáneos, desde su infancia dió pruebas inequívocas de su índole apacible y de su bondad natural; en su adolescencia, de asiduidad y aplicación al estudio y de inclinación decidida al estado eclesiástico, una de las carreras de más estima en aquellos tiempos; y en su juventud, en esa edad borrascosa en que se desencadenan las pasiones, por no haber llegado a su completo desenvolvimiento la razón que las refrena, no se dejó dominar por el ímpetu de aquéllas ni manchándose con ningún linaje de vicios, conservando su pureza y castidad, en cuyo estado se mantuvo durante su vida: mostrando en todos tiempos su amor ardiente a la virtud y continuando aplicado al estudio, sin que tuviesen poder para distraerlo los juegos y diversiones propias de ese período feliz y a la vez peligroso de nuestra existencia.

(1) Rasgo necrológico del señor Valera publicado en el "Diario de la Habana" de 23 de Marzo de 1833 al cuarto día de su fallecimiento.

Terminados su cursos literarios de lengua latina, oratoria, filosofía, y de los diversos ramos de la sagrada teología, obtuvo los grados académicos hasta el de doctor en esta última facultad en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, del Convento de religiosos dominicos; sirviéndole además de director el señor don Tomás de Heredia, dignidad chantre de la Catedral, respetable por su profundo saber y vida ejemplar, dedicado a la enseñanza privada en las ciencias eclesiásticas y de quien siempre conservó recuerdos muy gratos.

El Arzobispo de Santo Domingo, doctor don Isidoro Rodríguez, conocedor de las buenas costumbres y sincera vocación del joven Valera, le confirió las órdenes hasta ungirlo de sacerdote, deteniéndole a la cura de almas en las parroquias rurales de Boyá y Bayaguana, donde se hizo acreedor, por su comportamiento, a que a poco tiempo el cabildo eclesiástico, a quien correspondía el curato del Sagrario de la Catedral, espontáneamente lo nombrase Teniente-Cura del mismo Sagrario.

Al fiel y exactísimo desempeño de sus importantes deberes se consagró el nuevo Párroco, cumpliéndolos con escrupulosidad, con caridad ejemplar y con aquella dulzura y mausedumbre que constituían su carácter. En tan modesto destino permaneció más de quince años contento con su suerte, apreciado de sus superiores, querido de sus feligreses, considerado de las autoridades y personas de alta categoría y respetado de todo el pueblo dominicano; conservando a su abrigo, manteniendo y cuidando con el más tierno cariño a su excelente madre, que complacida con la singular virtud del hijo que había educado para el servicio divino, gozosa se contemplaba remunerada con creces de sus esfuerzos para darle carrera y colmados sus más ardientes deseos de verlo elevado a la dignidad del sacerdocio y disfrutando de la estimación general. Así se hubieran deslizado en tan plácida serenidad el resto de los días del señor Valera; pero como nada en este mundo es estable, y en el orden político y moral comb en el físico, a la bonanza suele seguir la tempestad, los fieles habitantes de la isla de Santo Domingo, que vivían tranquilos y contentos bajo el Gobierno Español, sufrieron los embates de un huracán tan terrible como inesperado, que los dispersó en gran parte, esparciéndolos en diferentes comarcas.

En el tratado de paz ajustado en Basilea a fines del pasado siglo entre España y la república france-

sa, aquella potencia cedió a ésta la parte que tenía en la Isla de Santo Domingo, según se ha indicado ya. Tan súbito acontecimiento llenó de amargura y del dolor más profundo a los dominicanos, poniéndolos en el duro trance de someterse a un gobierno extranjero y a las leyes y costumbres para ellos desconocidas; o de abandonar su tierra natal, que les era tan querida, sus propiedades, su bienestar y sus más caras afecciones, para ir a mendigar en países desconocidos el desahogado pan de la emigración. En tan angustiosa situación, el virtuoso Párroco Valera, fiel a su religión y a su Rey, no vaciló un momento en optar por el segundo extremo, que era el más conforme a la severidad de sus principios, y por muy duro que le fuese dejar su hogar doméstico, su patria y sobre todo su Catedral, emigró con su familia a la ciudad de Maracaibo, en la provincia de Venezuela, en cuya navegación fué despojado por los corsarios ingleses, trasladándose de allí a La Habana. El mismo partido de abandonar su patria adoptó la mayor parte de sus compatriotas, que leales al Monarca español consideraron un deber continuar bajo su gobierno, siéndoles insoportables la extraña dominación y el cambio de sus hábitos y de las leyes bajo las cuales habían vivido.

Vióse en consecuencia nuestro buen Párroco lejos de su Iglesia, sin rentas ni entradas fijas y destituido de recursos en un país que le era enteramente desconocido, con una madre anciana, hermanas viudas y sobrinos desvalidos que mantener. Sin embargo, no por hallarse en posición tan aflictiva desmayó su fortaleza ni se exasperó su ánimo, ni se desvió un ápice de los sentimientos de delicadeza, ni imploró la munificencia soberana, que había ofrecido su protección y amparo a los dominicanos emigrados, y que obtuvieron algunos eclesiásticos paisanos suyos, colocados en prebendas y otros beneficios; pues ni siquiera optó a un curato, ni pretendió nada; sino resignado con la suerte que le había deparado la Divina Providencia, vivió pobremente con los escasos emolumentos de su ministerio sacerdotal, ocupado también en el confesionario, en los monasterios de las religiosas de Santa Catalina y Santa Clara, previa la competente habilitación que le concedió el señor Obispo Espada, sabedor de sus relevantes virtudes; habiéndole dado además repetidas muestras de su distinguido aprecio y de su deseo de conferirle un beneficio adecuado a sus merecimientos, lo cual siempre declinó con moderación.

Vamos a ver en seguida cómo el Todopoderoso premió tanta abnegación y humildad, elevando al modesto sacerdote a una de las más altas dignidades de la Iglesia, verificándose en él lo que cantó el Real Profeta: "El justo florecerá como el palmero y crecerá como el cedro del Líbano" (2).

Inútil sería repetir aquí los padecimientos de los dominicanos emigrados; siendo su principal alivio la esperanza de regresar algún día a sus hogares. Y respecto a los que permanecieron en Santo Domingo, no obstante que el nuevo Gobierno se propuso atraerlos con el buen trato, llevaban con impaciencia la dominación extranjera, y leales al Monarca, bajo cuyo cetro habían nacido, ansiaban que la Isla fuese restituida a España. La guerra declarada a Francia por esta Potencia, con motivo de la usurpación del reino intentada por Napoleón I, les presentó la ocasión que tanto anhelaban, y levantados en masa los dominicanos de los campos, lanzaron a los franceses, como se ha visto (3), de aquella porción de la Isla, que volvió a constituir parte de la monarquía española.

Con tan plausible suceso se restableció el anterior gobierno en Santo Domingo; se abrió una nueva era a los emigrados, que son llamados a su Patria: recuperó ésta su antiguo ser y estado y la Catedral, Primada de las Indias, fué mandada reinstalar con las mismas dignidades y canongías que habían compuesto el cabildo eclesiástico. Para la silla arzobispal fué presentado el modesto Presbítero Valera, sin pretensión de su parte y sin tener antecedente alguno, siendo para él tan inesperado ascenso una verdadera sorpresa, y decidiéndolo a admitir tan elevada dignidad las repetidas instancias de sus amigos, que le hicieron ver que debía someterse a la voluntad del Altísimo, que lo llamaba a servir a su Iglesia y al país donde vió la luz primera.

Su entrada en la ciudad de Santo Domingo fué un día de júbilo para todos sus paisanos, que recibieron a su nuevo Pastor, a su antiguo Cura, con los brazos abiertos, rebotante el corazón de alegría y entusiasmo. Fué una verdadera ovación para el señor Valera el regocijo universal y las demostraciones de acendrado afecto y de sincero amor con que lo ac-

(2) Salmo, versículo 13.

(3) En la biografía del reconquistador, Capitán General don Juan Sánchez Ramírez.



gieron. ¡Qué contraste entre la salida del señor Valera, no había muchos años, humilde Cura de la Catedral, que iba a separarse de ella y emigraba pobre, cargado de familia y sin más recursos que su firme confianza en la Divina Providencia, y su entrada triunfante, ascendido por sus virtudes y merecimientos al pontificado de su antigua Catedral! Peripeccias semejantes suele presentarnos el variado drama de la vida del hombre.

Reservado estaba, además, al esclarecido Pastor y a su amada grey dominicana otro acto que los eclamase de satisfacción, de júbilo y de la más ferviente gratitud hacia el Supremo Creador, que tan ampliamente había derramado sobre ellos el inmenso tesoro de sus inagotables misericordias. Este fué el de la solemne reinstalación de la Catedral de Santo Domingo. Hechos los nombramientos del Prelado Metropolitano, de las Dignidades, canónigos y demás ministros que habían de prestar sus servicios en la Catedral, se fijó el día once de agosto de 1811 para aquella gratísima solemnidad. Esta fué una función religiosa, al par que patriótica, a la cual concurrieron no sólo las autoridades y empleados, en las diversas carreras del Estado y personas de la primera categoría; sino también casi toda la población, dándose mutuos parabienes y pareciéndoles un sueño, una ilusión al verse reunidos en su antigua Primada de las Indias con motivo de tan plausible festividad, después de las amarguras y penalidades de la expatriación: *Clavio post núbila Phoebus*. Al mayor relee y magnificencia del acto contribuyó la oración pronunciada por el señor Lectoral de la misma Catedral, doctor don Tomás Correa, natural de Santo Domingo, canonista profundo, versadísimo en las sagradas letras y elocuente orador, que en tan señalada ocasión puede decirse que se excedió a sí mismo, y con sus sentidas frases enterneció e hizo verter lágrimas al auditorio y al nuevo Prelado, que las derramó abundantísimas, particularmente cuando se vió tan felizmente aludido en la referida oración. En efecto, aquella solemnidad religiosa ofrecía a su consideración un cuadro imponente: pero a la vez halagüeño, tierno y conmovedor. Hallábase el señor Valera en su país natal, de vuelta de su penosa emigración, en la misma Catedral en que por las aguas del bautismo había renacido a la gracia, en la misma Catedral en que por tantos años había ejercido la Cura de almas y en la misma Catedral, en fin, de que se veía constituido pontífice a la cabeza del Cuerpo Capitular y rodeado del resto del clero dominicano, com-

puesto uno y otro de compatriecos, algunos de ellos sus amigos o condiscípulos y compañeros de expatriación. ¡Cuántos y cuán poderosos estímulos para enternecer de alegría y gozo espiritual su sensible corazón!

En posesión ya de su alta dignidad, cúmplenos referir cómo desempeñó el nuevo Arzobispo las gravísimas y multiplicadas atenciones pastorales, tanto más arduas cuanto era deplorable el estado del país y de la iglesia que estaba llamado a gobernar. Para dar idea de este tan interesante período de la vida y del pontificado del señor Valera, nos valdremos de las frases de un testigo presencial de los hechos, respetable y fidedigno, mucho más por el lugar santo en que las pronunció (4). "Como por las revoluciones (dice) y diferentes gobiernos que se habían sucedido en la Isla, todo se había interrumpido en la Diócesis de que se le encargaba, nuestro ilustre Prelado tenía que fundarlo, crearlo, establecerlo y arreglarlo todo. Con un celo infatigable, desde su llegada se entregó a tan penosa tarea y se le vió en el momento reunir los Prebendados de la Catedral y reponerla en todo su antiguo esplendor: crear oficiales y oficinas para su curia, expedir órdenes, circulares, mandamientos, en la Capital y parroquias de su diócesis, restituyendo el orden y la disciplina por todas partes: fija edictos convocatorios a oposición y provee de pastor los curatos vacantes: en diferentes ocasiones que celebró órdenes crea treinta y tres sacerdotes: administra el Sacramento de la Confirmación a todas horas: distribuye sus comisiones entre los canónigos de la Catedral con un tino admirable y vela sobre los Curas y demás eclesiásticos: elama, ruega, insta, manda a todos la predicación de la palabra divina, la explicación del catecismo, la residencia en las parroquias y el pasto espiritual. Todo se ve reparar con rapidez bajo su dulce y amable pontificado, y nada se hace a que no esté presente o influya: animados de su ejemplo, todos obedecen, todos trabajan, todos cooperan a la reparación general de la diócesis: canónigos, curas, eclesiásticos y seculares, nadie siente fatiga ni cansancio, solamente porque tiene, a la cabeza a nuestro compatriota Valera,

(4) Oración fúnebre que en las exequias celebradas por el eterno descanso del alma del Señor Valera, en la Iglesia parroquial de Puerto Plata, en la Isla de Santo Domingo, pronunció el Cura y Vicario de la misma Iglesia, Presbítero Doctor Don Manuel González Regalado, que había sido familiar de aquel Prelado y Promotor fiscal de la Curia Eclesiástica, y cuyo Párroco dispuso y costeó dichas exequias



prelado amabilísimo que no nos gobernaba con despotismo, sino que nos guiaba con dulzura, como un padre amoroso a sus tiernos hijos, y que sin perjuicio del santo sacrificio de la Misa, que celebró todos los días, con la más grande devoción, ni del oficio divino, que rezó sin falta alguna, ni de su oración asidua, que comenzaba a las diez de la noche hasta las doce, que era la hora de acostarse, ni de su purificación en el tribunal de la penitencia, en el que se veía postrarse cada ocho días por lo menos, trabajaba incesantemente por nuestro bien y por nuestra gloria”.

En cuanto a su ferviente caridad y desprendimiento, además de que fué notorio en toda la arquidiócesis que aquella era una de las virtudes que en más alto grado adornaban el alma del virtuoso Prelado, se explica así el citado orador: “Persuadido de que los pastores son solamente depositarios de los bienes de la Iglesia, como de su fe, ¡con qué religión distribuyó el señor Valera los muy pocos de que podía disponer! Aunque estos no consistían más que en la moderada renta que se le había señalado, percibida unas veces por la tercera parte y cuando más por la mitad del valor de lo que tenía fijado por las escaseces del Erario de Santo Domingo. Sin embargo ¡qué espectáculo se recuerda aquí a mi memoria! Por una parte la viuda cubierta de luto y de tristeza, rodeada de sus pobres hijos, recibe mensualmente un socorro que la alivia y consuela en su aflicción: por otra las vírgenes consagradas al Señor, levantan sus manos juntas al cielo ofreciendo votos por nuestro Ilustre Prelado, que ayuda a conservar su inocencia con sus liberalidades; allá los enfermos sienten aliviarse sus dolores con las limosnas del Arzobispo; aquí la huérfana desamparada ora por nuestro Ilustre Prelado que la socorre como un segundo padre. . . . Bastará decir que su mayordomo tenía notas de los pobres que debían recibir, por orden suya, limosnas, por meses unos, por semanas otros, y una cantidad disponible para las necesidades que se presentaban diariamente, sin que hubiese ninguno que su caridad no socorriera; y todo esto sin vanidad ni ostentación, pues sus limosnas no las sabían sino los que las recibían o alguno de quien fuese preciso valerse para darlas. . . . Y no os figuréis, señores, que no empleaba en alivio de los pobres sino las inútiles reliquias de su lujo y placeres, y que sus limosnas no eran más que el sobrante de sus pasiones. El Ilustrísimo Señor Valera supo honrar al Señor con su pro-

piá subsistencia; la frugalidad de su mesa (5), la modestia y llaneza de sus vestidos y de su tren, tan recomendadas por los cánones, fueron los fondos de donde sacó caudales para los pobres, y su economía, por hablar con el Apóstol, fué la riqueza de los pueblos. ¡Quién podrá olvidar la modestia de su palacio? ¡Quién no se acordará de aquel paseo a pie, tan llano, que hacía a visitar todas las tardes al Santísimo Sacramento en algunas de sus Iglesias?”

Pero no por dedicar sus escasas rentas al socorro de todas clases de indigentes, prescindía de otras atenciones no menos dignas de su celo pastoral. Estas eran la reedificación de las iglesias incendiadas por los negros revolucionarios de la antigua parte francesa, que tres veces invadieron el territorio dominicano antes de su reconquista, devastando y quemando en su retirada los pueblos del tránsito; la reparación de las que por las vicisitudes de aquella época lamentable se habían arruinado; y el suministro, a las demás, de las cosas necesarias; todo para el bien espiritual de sus ovejas. En particular se mostró muy solícito en acudir con las sumas que demandaban el esplendor del culto divino de su Catedral, debiéndose en gran parte a su piedad y largueza aquella pompa y magnificencia con que en la antigua Primada se celebraban las funciones religiosas.

Y respecto a su decisión y celo por la instrucción de la juventud, debe confesarse que el señor Valera se hizo merecedor a la más acendrada gratitud de su Patria, por su poderosa influencia en la ilustración o progreso intelectual de sus paisanos. Apenas instalado en su modesto palacio, estableció en él cátedras de lengua latina y oratoria, filosofía y teología moral. Su eficacia por la enseñanza era incansable: él concurría con frecuencia a las aulas a presenciar las explicaciones e imponerse de los adelantos de los alumnos, exhortándolos a la aplicación, y a los maestros al exacto desempeño de sus deberes: proveía de libros, presidía los exámenes, costaba los premios que por sí mismo distribuía, y atendía a todo lo que pudiese contribuir al aprovechamiento de la juventud. ¡Cuántos y cuán inmensos bienes brotaron de este fecundo plantel, honra y prez de la ilustración dominicana y bienestar de un crecido número de individuos! El sirvió para que los gérmenes

(5) De ordinario no usaba vino, porque decía que ningún licor era conveniente en la mesa de los eclesiásticos.

del saber que recibieron allí los alumnos, fructificasen con abundancia en la Real y Pontificia Universidad, donde continuaron sus cursos, la cual sin aquel utilísimo instituto no hubiera podido restablecerse, como se verificó, habiendo el claustro de doctores nombrado al señor Valera, en reconocimiento, su Cancellorio, por no haber Prelado de la orden de padres predicadores a quien por los estatutos correspondía este cargo. Más de cien jóvenes, que concluyeron en dicha Universidad su carrera literaria; llegaron a ser sacerdotes, doctores, catedráticos, abogados y médicos, que fueron el ornamento de su patria y el sostén de sus familias (6).

Así corrían los días felices del memorable pontificado del señor Valera, consagrado éste constantemente al ejercicio de sus funciones en pro de su Iglesia y de sus ovejas, hasta que estalló en Santo Domingo la funesta revolución de primero de diciembre de 1821, en que se declaró aquel territorio independiente de su antigua Metrópoli, que tanto amaban los dominicanos. El nuevo Presidente y la junta provisional de gobierno, constituidos en la sala capitular, hicieron comparecer al señor Valera en medio del tumulto de aquel cambio inesperado, y el primero le intimó que jurara la Independencia que acababa de proclamarse, a lo que contestó con modesta firmeza que él era un Prelado español y que en virtud de ese carácter no podía ser desleal a su Rey prestando semejante juramento. Replicóle el Presidente que la Iglesia estaba en el Estado y que ninguno de sus individuos, y mucho menos los que ejercían funciones públicas, como el mismo señor Arzobispo, podía estar exento del cumplimiento de las leyes; a lo que repuso aquél que él las obedecería, lo mismo que a las Autoridades constituidas en el país mientras permaneciera en él.

Sin pérdida de tiempo se dirigió a las Supremas Potestades, haciéndoles presente la novedad ocurrida y el estado de las cosas, así como su decisión a obedecer la resolución que se dignaran comunicarle, y que mientras ésta no recayera, permanecería en el país, porque entendía que siendo el Pastor de aquellos fieles, no debía en conciencia abandonar el rebaño que el Señor le había confiado, haciendo además circular

(6) Entre ellos hubo dos Prelados eclesiásticos, uno, Obispo *in partibus infidelium*, Arcediano y Vicario General; y otro, Arzobispo Electo—; algunos oradores aventajados; Senadores; Magistrados; jurisconsultos y médicos de nombradía; escritores, etc.

sus órdenes a los curas para que, procediendo en el mismo sentido, de no dejar desamparados a sus feligreses, continuaran distribuyéndoles, como antes, el pasto espiritual a que estaban obligados por su sagrado ministerio sin negarse por eso a someterse a las Autoridades constituidas, en lo que no fuese contrario a la religión y a su conciencia. Así el Santo Padre, como el Monarca de España, le contestaron que aprobaban su conducta y que no por continuar residiendo en su diócesis disminuiría en lo más leve de la estimación y buen concepto en que lo tenían, dejando a su prudente discreción el determinar su salida del país, y ampliándole Su Santidad las facultades, en consideración a las circunstancias.

El mismo sistema siguió observando con el nuevo Gobierno de la república de Haití; pues su presidente Boyer, aprovechándose del trastorno consiguiente al cambio político ya referido, invadió con fuerzas imponentes el territorio de Santo Domingo y se apoderó de él en Febrero de 1822 (7).

El digno Prelado, no considerándose empleado de ninguno de los dos gobiernos establecidos, esto es, del que proclamó la independencia de España, ni del de la República de Haití, de ninguno de ellos se prestó a percibir la renta de su dignidad ni otro estipendio o remuneración de los mismos, manteniéndose de las ofrendas y socorros de los fieles.

Debemos también consignar otro rasgo de piedad cristiana, en favor de los enemigos de su Patria, muy propio de sus sentimientos humanitarios. Pocos días después de la entrada del Presidente Boyer en Santo Domingo, habiendo sido sentenciado a muerte un soldado haitiano por haber atentado a las propiedades de un campesino dominicano, conforme a la disposición que aquel mismo jefe había dictado para contener sus tropas, y próximo a ser ejecutado, el señor Valera pasó él mismo al palacio del Presidente a suplicarle por la gracia del culpable, gracia que desde luego fué concedida.

Epoca harto azarosa, de duelo y de lágrimas, fué para los infortunados dominicanos la de la dominación de los haitianos, que los oprimieron con todo género de vejaciones, tratándolos como si hubiera sido

(7) Los pormenores de este cambio pueden verse en las apuntaciones histórico-políticas, al principio de esta obra, y en la biografía del señor Núñez de Cáceres.



un pueblo conquistado. El corazón de su amado Pastor compartía con sus ovejas sus penas y amarguras, viendo con dolor el desprecio que se hacía de la religión y de sus ministros, así como de su autoridad pastoral, pretendiendo los gobernantes ingerirse y mandar en los negocios eclesiásticos; exhortaba a sus paisanos a la paciencia y a la resignación cristianas, y a que pusiesen sus esperanzas en el Dios de las misericordias, al que elevaba sus plegarias para que se condoliese de ellos. Varias tentativas se habían hecho para sacudir un yugo tan insoportable y restablecer el gobierno de su antigua Metrópoli; las que habiendo sido frustradas, daban ocasión a los opresores para redoblar con más saña sus crueles ultrajes, habiendo expiado algunos en el patíbulo su adhesión a España, y otros con el destierro, prisiones y diversos malos tratamientos. ¡Cuánto sufriría el alma compasiva del Ilustre Prelado, presenciando aquellos atropellamientos!

Ni aun su acrisolada virtud, su alejamiento de los negocios profanos y en particular de los políticos, le sirvieron de escudo contra la malignidad de los opresores de su patria; pues como no podía impedir que los dominicanos más respetables y de más influencia lo visitasen, tomaron de aquí, aquéllos, pretexto para calumniarlo, atribuyéndole y haciéndole cargos de ser el director de las conspiraciones, y su palacio el foco o punto de reunión de los enemigos del Gobierno, con el depravado intento de hacerlo sufrir, conturbar su ánimo e intimidarlo para que abandonase el país y dejase privados a los dominicanos de los consuelos que les prodigaba, de que decayese el culto y se relajase más la moral.

Sin embargo de estos reprobados manejos manténase firme el señor Valera en su loable propósito de continuar a la cabeza de su grey, consolándola y desempeñando su augusto ministerio de la manera que le permitían las circunstancias. Pero la perversidad sin límites de sus enemigos, viendo que en la mansedumbre del bondadoso Pastor se estrellaban los envenenados tiros de las maquinaciones que hasta entonces se habían puesto en juego, urdieron otra más eficaz. En el año de 1829, creemos que por los meses de Marzo o Abril, se presentó en su palacio, entre cuatro y cinco de la tarde, Andrés Ramos, hombre de estragadas costumbres, preguntando por el Arzobispo, el que con aviso que le fué dado, salió a la antesala. Apenas lo vió Ramos, cuando con muestras de turbación y pesar le dijo, presentándole un puñal que lle-

vaba oculto, que a él lo habían comprometido a que le quitara la vida; pero que no se hallaba en ánimo de ejecutar ese atentado; y aún se añade que le pidió perdón, retirándose en seguida precipitadamente. La opinión general designó como autores del mandato que se encargó a Ramos, a don Antonio Martínez Valdés (8), desafecto del señor Valera, porque en cierta ocasión, habiéndose anunciado en circunstancias de estar dando audiencia, no suspendió el despacho para recibirlo; y al Capitán José Ramón Márquez (9), partidarios ambos decididos de los haitianos y enemigos acérrimos de los buenos dominicanos, a los que perseguían con calumnias y otros medios, por lisonjear al gobierno de Haití y a sus individuos. Aunque no pudo ponerse en claro la verdad de aquella creencia, el no haberse dado un paso siquiera por las autoridades, no obstante la notoriedad del delito, para la correspondiente averiguación, como también de los culpables, que de todos modos merecían ser castigados, y el haberse hecho desaparecer a Ramos, que no volvió a verse más en Santo Domingo, corroboró la persuasión de que solamente unas personas de influencia en el Gobierno, como los antedichos Valdés y Márquez, podían haber tramado aquella maldad; ocurriendo otro incidente en apoyo del mismo concepto y de la protección del Gobierno haitiano, que tenían, como sus más fieles servidores. Este fué que habiendo indicado a Márquez don Manuel Jiménez en conversación privada, que públicamente se decía que él y Valdés habían mandado a

(8) Antonio Martínez Valdés, escribano en Santiago de los Caballeros en la época del Gobierno Español, y nombrado Diputado Provincial en 1821, fué uno de los dominicanos que se unieron al doctor Núñez de Cáceres para la Independencia de Santo Domingo, quien en recompensa lo hizo intendente. Sabido el designio de Boyer, de la usurpación del territorio dominicano a nombre de la república de Haití, tomó partido Valdés con los haitianos, quienes lo nombraron Administrador General de Hacienda, que era el empleo equivalente a la intendencia que desempeñaba. Después fué constituido Senador, falleciendo al cabo de mucho tiempo en la Concepción de la Vega, en la indigencia, y despreciado por sus paisanos.

(9) José Ramón Márquez, hombre de color, natural de Cumaná en Venezuela, de índole perversa; instrumento de los haitianos en Santo Domingo y enemigo implacable de los dominicanos, a los que no cesaba de perseguir para adular al Gobierno y medrar en su carrera. Próximos aquéllos a proclamar la separación de Haití, como en efecto se fundó la República Dominicana, pasó ocultamente a Santomas para sustraerse a la justa venganza que temía. Allí ejerció el destino de Cónsul de Hayti, siempre en abierta hostilidad contra los mismos dominicanos. Fué procesado y preso por atribuírsele haber instigado a los esclavos contra sus dueños; pero se le puso en libertad por falta de pruebas.



Ramos a asesinar al Arzobispo, se presentaron uno y otro contra Jiménez por calumnia, y constituido éste en prisión por el Juez Decano don José Joaquín del Monte, instructor del tribunal civil, que era un dominicano respetable, como lo hubiese hecho poner en libertad, penetrado del ningún fundamento de la querrela, ocurrieron aquellos en queja a la Corte suprema o de casación contra dicho Juez, muy respetable por sus circunstancias, a quien se hizo comparecer en Puerto Príncipe para oírle sus descargos y se le condenó a la indemnización de daños y perjuicios a los querellantes; fallo a todas luces improcedente e injusto, pues la mera indicación privada de Jiménez, de un rumor público y notorio, no daba derecho a la acusación por calumnia.

No se creyó sin embargo que los que mandaran a Ramos al palacio del señor Valera a representar la escena ya referida hubiesen abrigado la intención de que se quitara la vida a aquel Prelado, crimen demasiado horroroso y aun inútil, sino que con aquella farsa se propusieron intimidarlo para que saliese del país, que era el deseo ardiente de los haitianos, quienes tanto en lo oficial como en lo privado no cesaban de causarle vejaciones con esas miras para privar a los desgraciados dominicanos, como se ha dicho, del apoyo y consuelo que les prestaba su bondadoso Pastor.

De esta verdad es una prueba evidente que habiendo ocurrido el día del suceso al Gobernador Borgellá a referírsele, insinuándole qué género de garantía de su vida podría darle, le contestó con frialdad que ninguna, porque no le era posible evitar esos hechos; y replicándole el Prelado que siendo así se vería en la necesidad de emigrar del país, le repuso entonces encolerizado que *él lo haría salir en el instante, hasta en un bote*. Retiróse aquel a su palacio bien convencido de la mala voluntad del Gobernador haitiano por una parte, y ya disuelto el cuerpo capitular por la ausencia de algunos de los vocales y muerte de los otros, no quedando ya más que uno hábil, y por otra no pudiendo ejercer libremente sus sagradas funciones, a vista de las contrariedades que experimentaba y del insulto que acababa de hacérsele, estimó ya inevitable su salida y determinó efectuarla inmediatamente, con harto dolor suyo y de sus paisanos, que lo amaban con ternura, y para quienes fué un día de duelo el de su embarque, el cual fué una verdadera expulsión.

Cuéntase que en estos críticos momentos sufrió el señor Valera un triste desengaño; porque habiendo dado a guardar a una persona de su confianza cierta suma destinada para casos extraordinarios, como el que se le presentaba, y requerídola para su devolución, le negó el depósito, disgusto que sobrellevó con resignación cristiana, sin exasperarse contra el depositario infiel, no obstante el conflicto y penuria en que se hallaba.

Emigró el señor Valera a Santiago de Cuba, donde ejercía a la sazón sus funciones pastorales el Prelado diocesano señor Olmedo y Valle, que le había sido deudor de la más franca hospitalidad cuando estuvo en Santo Domingo. Tratando entonces el Gobernador político de la provincia, de acuerdo con aquel cabildo eclesiástico, de que el señor Olmedo lo nombrase su auxiliar, por evitar el compromiso dispuso y efectuó sin demora su viaje a La Habana.

En esa capital recibió la más cordial acogida del señor Obispo Espada, que ya lo conocía; y si bien declinó el nombramiento formal que quiso hacerle para auxiliar suyo, prefiriendo pasar en la vida privada el resto de sus días, como más propio de su carácter moderado y humilde, no por eso dejó de prestarle ayuda en el ejercicio de su sagrado ministerio.

Fué en esa época cuando, excitado a que reclamar los atrasos que se le debían de sus rentas durante su permanencia en Santo Domingo, incluso el tiempo de la dominación haitiana, pues como lo manifestó a la Junta revolucionaria en 1821, él era un Prelado español y nunca, había perdido esta cualidad por haber continuado allí con asentimiento del Monarca, se abstuvo de instaurar esta pretensión. Y aún llevó más adelante su escrupulosidad, no percibiendo ni aun lo devengado cuando el país pertenecía a España, en lo cual no cabía duda alguna, pues habiéndosele exigido que cediera una parte de la suma, ascendente a algunos miles de pesos, para poder percibir el resto, prefirió dejar de hacer el cobro por no incurrir en una acción que su conciencia reprochaba, si bien más pecaminosa de parte del negociante que le hizo la propuesta y que iba a hacer una ganancia ilícita; dando lugar a que este crédito, tan legítimo, a su muerte se declarara corresponder a los espolios, y que conforme a las leyes entonces vigentes se aplicara a la Hacienda pública, de lo cual se lamentaban sus parientes. ¡Ejemplo admirable de desprendimiento y rectitud de conciencia!

Mas no obstante su negativa a aceptar dos mitras auxiliares, fué nombrado para el desempeño de su ministerio pastoral en La Habana como Administrador de la diócesis, por muerte del ilustre señor Espada, con aprobación de la Santa Sede, y llegada la Real Cédula, llamada de "Gobierno", después de la cesión jurisdiccional del Cuerpo capitular, previa la aceptación, a la cual decorosamente no podía negarse, y prestado el juramento debido, quedó en Marzo de 1833 posesionado del gobierno de la diócesis.

En esa época sufrió aquella capital, por primera vez, el cruel azote del cólera morbo asiático, que hacía en ella grandes estragos, y a los nueve días de estar encargado del Obispado le atacó aquella terrible epidemia al señor Valera, acarreándole la muerte el 19 del mismo mes, día memorable de terror y espanto para La Habana, pues arrebató la epidemia la existencia de ochocientas personas.

El señor Valera vió el término de su vida con serenidad y piadosa resignación, preparándose como cristiano a comparecer ante el Ser Supremo, dejando defraudadas las esperanzas concebidas de los beneficios resultados de tan acertada elección en pro de la Iglesia y de su nueva grey.

Su entierro se verificó sin pompa alguna, como lo exigían las angustiosas circunstancias en que se hallaba aquella capital; además de las exequias que de oficio se le hicieron en la Catedral, pasadas las cuales el señor don Gaspar Chaple e hijos, amigos y admiradores del mérito del ilustre Prelado, dispusieron y costearon otras también decentes que tuvieron lugar en la misma ciudad, en la Iglesia de San Felipe, pronunciando la oración fúnebre el célebre orador Fray Remigio Cernadas. En la de Puerto de Plata, en la Isla de Santo Domingo, el cura y vicario Presbítero doctor don Manuel González Regalado, familiar que había sido del señor Valera, y a quien éste había dispensado su amistad y protección, hizo que se celebraran en aquella iglesia parroquial exequias suntuosas, pronunciando él mismo la oración en la que este ilustrado eclesiástico y orador renombrado derramó e hizo derramar al auditorio abundantes lágrimas del más amargo dolor por tan funesto acontecimiento, de cuya obra se deja transcrita una parte, siendo excusado decir que en todo el antiguo territorio español de la mencionada Isla fué profundo y general el sentimiento de pesar por la pérdida lamentable de un bondadoso Pastor que para los dominicanos había sido un padre tierno y amoroso.

En conclusión: el señor Valera reunió todas las virtudes requeridas en los Prelados de la Iglesia conforme a las doctrinas de los Santos Padres y disposiciones canónicas, y cumplió los importantes deberes de su augusto ministerio. "El fué, —como previene el sínodo de Valencia (10) a todos los Obispos—, sobrio, prudente, casto, manso, amante de la hospitalidad: su mesa no preparada con supérfluos y exquisitos manjares, ni tampoco magnífica ni dispuesta para las delicias: su familia no inmodesta ni díscola; no prodigando las rentas eclesiásticas para cualesquiera usos, pues sabido que no las había recibido por herencia de sus mayores, sino que se le habían concedido para distribuir las santa y piadosamente a los pobres de la Iglesia". Todos estos preceptos obedeció con exactitud el señor Valera, como se ha visto por la narración que de su vida llevamos consignada.

Como quizás por su natural timidez no se había ejercitado en el púlpito, el señor Valera, cuando se vió elevado al pontificado, comoció que su edad de más de cincuenta años no era la más a propósito para comenzar a ensayarse en la predicación. Sin embargo, no dejaba de hablar en público con propiedad, en los casos precisos; pero tuvo un particular esmero en que la divina palabra fuese predicada a los fieles con frecuencia.

Toda la vida privada del señor Valera fué un modelo de mansedumbre, de dulzura y amabilidad. Sencillo, franco y candoroso en su trato, sin nada de arrogancia ni orgullo por verse elevado a tan ennobrada dignidad, mansedumbre cristiana y templanza habitual en él en ejercicio de su autoridad, en cuanto era compatible con sus deberes. Sabido es que habiéndose visto obligado a corregir las faltas de uno de sus súbditos, lo hizo éste citar ante un alcalde a juicio verbal o de conciliación con el mismo súbdito, por aquella medida, calificándola de exceso o injuria punible, tan notable desacato no sólo causó al bondadoso Prelado la más amarga tribulación, haciéndolo derramar lágrimas, sino que se puso a orar por aquél, para que el Señor lo sacase de su ceguedad, conforme al precepto del Divino Redentor (11).

Por último: si como se ha creído casi por algunos,

(10) Synodus Valentina, anno 1565, Sess. III, Cap. 1º

(11) "Orad por los que os calumnian y persiguen". San Mateo, capítulo V, versículo 44.



la fisonomía es por lo regular la expresión del carácter del hombre, la del señor Valera ofrecía un comprobante de la verdad de esta opinión; pues en el semblante del virtuoso Prelado veíanse retratadas la bondad, la inocencia y la candidez de su alma, lo que unido a la afabilidad de sus modales y dulzura de sus palabras, lo hacían amar y respetar por cuantos lo trataban.

ACOTACIONES A LA BIBLIOGRAFIA DEL ARZOBISPO VALERA:

1.—Morillas señala el parentesco de Valera con Juan Bethencourt, que descubrió las islas Canarias (siglo XIV). Por la misma línea era Valera pariente del beato Pedro de Bethencourt, fundador de la Orden Beneditina en el siglo XVII.

2.—Apunta Morillas que el tratado de Basilea fué la causa de que Valera emigrara, pero en rigor son las consecuencias de ese instrumento internacional lo que lo obliga a emprender el camino del exilio voluntario, Valera emigró en 1801; con otros muchos dominicanos con motivo de la invasión de Toussaint Louverture y después de consumada la ocupación de la parte española. Llegó a Maracaibo el 14 de febrero de 1801.

3.—Al referirse a la tentativa de asesinato de Valera, Morillas sufre una confusión de memoria en cuanto a la fecha: coloca ese acontecimiento entre los meses de marzo y abril de 1829, pero en los párrafos que siguen explica que Valera se preparó a emigrar sin más demora. Sabido es que Valera embarcó para Cuba a fines de julio de 1830, poco después del atentado contra su vida.

Las notas que aparecen al pie del texto son todas del doctor Morillas.

M. H. U.

DOCTOR DON JOSE NUÑEZ DE CACERES

(Apuntes biográficos)

Por el Dr. José María MORILLAS

El eminente varón, recomendable por su severa moralidad, por sus virtudes públicas y privadas, sus profundos conocimientos científicos, su variada erudición y su elocuencia arrebatadora, fué el que, impulsado por el amor a sus conciudadanos, se propuso sustraer su Patria de la dominación Española y dotarla de instituciones liberales que la condujeran a su prosperidad; y que sin embargo de tan loables intenciones, por un error cometido en momentos de ofuscación, la sumergió en un abismo de calamidades, de llanto y desolación. ¡Tan falibles son los cálculos de la Política y sus combinaciones, aun cuando parecen fundados en las más seguras bases! No parece sino que la Primada del Nuevo Mundo ha sido un país predestinado para la desgracia, y sus naturales, precitos ó condenados e inacabables sufrimientos. Apenas corrida una década de sosiego y esperanzas de un porvenir lisonjero por la reconquista o reincorporación a su antigua Metrópoli, debida a la lealtad y valerosos esfuerzos de sus hijos, que la rescataron del yugo extranjero, cuando vuelve a verse sometida a otra dominación, tanto más dura e insoportable cuanto era cruel y bárbaro el opresor.

Nació el señor Núñez de Cáceres en la ciudad de Santo Domingo en el año de 1773, habiendo sido sus legítimos padres don Francisco y doña N. Añbor, ambos de familias distinguidas.

Hizo sus estudios en la Universidad del convento de los Padres Dominicos, de la misma Capital, dando muestras, desde su edad temprana, de perspicaz inteligencia, imaginación viva y facilidad suma en el uso de la palabra. En su dedicación al estudio fué perseverante; no debiendo extrañarse que con tantas ventajas hubiese sido uno de los escolares más sobresalientes de su época.

Cuéntase que en el retiro del hogar doméstico se ocupaba en el trabajo manual para auxiliar la pobreza de sus honrados padres, ejercicio que la malignidad o preocupación de aquel tiempo le echaba en cara como un baldón, cuando a los ojos del hombre sensato era ésta una prueba más del buen temple de su alma. Si el trabajo, según Franklin, es el padre de todas las virtudes, da más realce a la de Núñez de Cáceres que ésta la hubiese impulsado un afecto tan puro como el amor filial.